



Fidel a la entrada de un bohío.

pensaba ordenar que en ese caso se moviera hacia Pueblo Nuevo, y tapan la subida por El Naranjo con las propias fuerzas de Paco Cabrera Pupo, reforzadas por las escuadras de Huber Matos y Geonel Rodríguez. Como se verá más adelante, este fue, en esencia, el plan que se aplicó en la primera Batalla de Santo Domingo.

A estas alturas éramos conscientes de que la entrada del enemigo en Santo Domingo era la señal para que se desatara con intensidad la ofensiva. En ese mismo mensaje al Che le escribí: "Si se produce choque en Santo Domingo se va a armar en todas partes". Mi plan era bajar al día siguiente lo más próximo posible a Santo Domingo para observar de cerca la situación. Sin embargo, los acontecimientos del día 19 en los otros dos sectores de la batalla me impidieron moverme de La Plata.

En Santo Domingo y El Naranjo, los vecinos no se habían movido de sus casas. Llevaban varios días de incertidumbre e inquietud. Los rumores sobre el acercamiento del Ejército eran contradictorios y alarmantes. La escuelita que mantenía Rolando Torres Sosa, llamado entre los rebeldes El Barberito, había seguido abierta a pesar de los frecuentes ametrallamientos y bombardeos en la zona. La armería de Luis Crespo, instalada en la casa de Clemente Verdecia en El Naranjo, continuaba funcionando, aunque se habían tomado todas las medidas para garantizar una evacuación rápida en caso necesario.

Los combatientes al mando de Paco Cabrera Pupo llevaban dos noches ocultos en la espesura del arroyo, unos 500 metros más arriba de las casas de La Manteca. No llegaban en total a 15 hombres. No hicieron campamento, no tendieron sus hamacas ni prepararon cocina. Llegaron al atardecer del día 17 seguros de que a la mañana siguiente ya estarían en combate. Esa primera noche la pasaron todos en tensión. Sabían que el enemigo, del otro lado del alto, era fuerte. No se enfrentarían con una patrulla ni un pelotón, ni siquiera con una compañía.

Amaneció el 18. Desde el fondo de la cañada percibían que el día había llegado porque el oscuro violeta del cielo se disolvió en una bruma gris a través de la espesura que los envolvía. Pasaron las primeras horas de la mañana mientras el sol en su ascenso iba diluyendo las sombras al fondo del valle.

El día transcurrió sin que el combatiente de guardia en el alto diera la alarma que todos esperaban ansiosos. Había un poco de desconcierto. ¿Y si toda la ansiedad resultaba innecesaria? ¿Y si los guardias habían seguido hacia Providencia en lugar de tomar el camino de Santo Domingo? Pero el observador, desde el alto, informó que el enemigo no se movía. Los hombres no podían siquiera cocinar, pues el humo los podía delatar. Además, ¿qué

iban a poner en la candela? Desde que bajaron del alto no habían comido. No había nada que comer.

Después de trepar la ladera de El Cacao, el camino que lleva a Santo Domingo irrumpe en el monte y gana el firme entre la hierba de guinea; pasa junto a las casas como si quisiera dar oportunidad al caminante de recuperar aliento antes de iniciar el empinado descenso. Cortando una S tras otra en el ralo potrero, el sendero se precipita entonces hacia el fondo de la cañada. Es una bajada molesta. ¡Cómo será la subida! El que se mueve debe afinar con cautela el talón antes de atreverse a dar un nuevo paso. El jinete vacila, se desmonta, o bien decide confiar en el instinto ciego de la bestia. Cualquier precipitación o descuido puede provocar una caída que nadie sabe hasta dónde puede llevar rodando cuesta abajo. Si ha llovido, el suelo es doblemente traicionero: pendiente y, de contra, resbaloso. Pero casi peor es que haya sol. Alguna guásima retorcida o palma esbelta —árboles sin sombra— matizan a trechos el inacabable serpenteo del sendero. Abajo, lejos, el monte invita con frescura y agua. Abajo, lejos, la muerte aguardaba al enemigo.

Sánchez Mosquera no se movió en todo el día 18. Evidentemente, el puesto de mando de Bayamo quería sincronizar la entrada del Batallón 11 en Santo Domingo con ataques simultáneos en los otros dos sectores principales. El 19 de junio era el "Día-D" escogido por el enemigo para el inicio de la segunda fase de la ofensiva. Desde varios días atrás, las tropas del Batallón 19, del comandante Suárez Fowler, habían llegado a Arroyón, donde se limitaron a realizar fintas exploratorias en el camino hacia las Vegas. El 19 de junio lanzarían el ataque a fondo en combinación con el Batallón 17 del comandante Corzo, que avanzaba desde Las Mercedes. También desde el día anterior, el Batallón 18 del comandante Quevedo había iniciado su movimiento desde la costa, y debía llevarlo al día siguiente a entrar en contacto con las fuerzas rebeldes que protegían la entrada desde el Sur.

La tarde del 18 de junio le avisé a Paco Cabrera Pupo que al día siguiente le enviaría este refuerzo. En mi escueto mensaje le advertí: "No dejen entrar los guardias por ningún camino".

También le recomendaba que utilizara las minas. A esas alturas yo estaba ansioso por comprobar el resultado de los artefactos explosivos que, por mi iniciativa e insistencia, se habían preparado en el taller de armamentos de Luis Crespo en El Naranjo. De hecho, el tema era martillante en todas las comunicaciones que le dirigí por estos días a los jefes. Al Che le escribí el 18: "Tengo ya ganas de ver reventar una mina en la vanguardia de una tropa. Esa que viene de El Cacao se ha paseado. ¡Qué buena está para sorprenderla!".

Por la noche llegó a La Plata la escuadra de M-1

que mandaba el Che desde Minas de Frío al mando de Geonel Rodríguez.

"Verás que hoy va a haber función amplia", le anuncié al Che en un mensaje enviado a las 6:00 de la mañana del día 19, que amaneció claro y soleado. Ya en ese momento se escuchaban en La Plata los cañonazos que tiraba la fragata *Máximo Gómez*. Poco después de redactar el mensaje al Che, me dispuse a partir hacia Santo Domingo junto con los hombres de Geonel Rodríguez.

Más o menos a esa misma hora, el Batallón 11 inició su movimiento. Iba a la vanguardia la Compañía 96. El jefe del batallón ocupó una posición al centro de la columna en marcha, junto a la Compañía A. Cubría la retaguardia la Compañía 97. El movimiento fue detectado desde el alto de El Cacao por el observador de guardia con tal fin, un muchacho campesino hijo de un vecino de El Cacao de apellido Castellanos. Después de cerciorarse de la ruta que tomó la tropa, el muchacho se arrojó potrero abajo a plena carrera para avisar a Paco Cabrera Pupo que ya se aproximaba el enemigo.

Después de sortear la empinada cuesta, el sendero que baja hacia La Manteca penetra de nuevo en el monte. El terreno se nivela en la medida en que el camino va banqueando la bajada hacia el arroyo. Unos 200 metros después de entrar en la espesura, el camino cae por primera vez sobre la margen derecha del cristalino arroyo que baja de la falda de El Gallón. Inmediatamente antes se endereza después de una última curva del banqueo, cavada ya bastante por la erosión de las aguas y de cientos de miles de pisadas. Saltando sobre las piedras, el camino cruza el arroyo junto a una pequeña poza en la roca donde se acumula el gélido hilo de agua. A los dos lados, las márgenes ascienden dentro del monte espeso.

Paco Cabrera Pupo calculó que, en ese punto, la vanguardia de la columna enemiga, obligada a marchar en hilera por el estrecho sendero, se detendría a beber. Según el camino que traían, no habían visto agua desde que iniciaron el largo ascenso de la falda de El Cacao. Su idea era tender la bolsa de la emboscada alrededor de la poza del arroyo para tomar inadvertida a la vanguardia cuando se detuviera a refrescar. En la margen izquierda, del otro lado, en una posición desde donde se dominaban unos 30 metros de camino en su caída al agua después de su última curva, se situaron él, Huber Matos, Evelio Rodríguez Curbelo y un combatiente llamado Raulito, que estaba encargado de hacer estallar una mina. El monte clareaba un poco en la posición escogida. En la margen derecha, dominando un trozo de sendero antes de la última curva, se ubicó la mayor parte del personal del pelotón de Paco. En el centro, en el arroyo, Paco Cabrera González y Miguel Ángel Espinosa —el primero, detrás de una piedra grande, dentro del agua; y el otro, tras las raíces de un corpulento jagüey— tenían quizás la posición más peligrosa, pues estaban a menos de 30 metros del cruce del arroyo y de la poza. Estos combatientes eran los encargados de abrir el fuego cuando la punta de vanguardia se detuviera en el agua.

Cuando llegó jadeante el observador rebelde que estaba en el alto, los combatientes ocuparon presurosos sus posiciones respectivas. Se sucedieron los interminables minutos que siempre preceden a un combate. La visibilidad era nula; el enemigo sería avistado en el último momento.

Poco antes de las 7:00 de la mañana, el pelotón de avanzada de la Compañía 96 alcanzó el alto. Allí esperaron unos minutos a que se reuniera el resto del personal de su compañía, que venía subiendo trabajosamente la cuesta. Los ánimos estaban exaltados. Esperaban encontrar resistencia antes de alcanzar el firme. Exploraron el filo de la altura y descubrieron las trincheras abiertas cuatro días antes por los combatientes del grupo de Paco Cabrera Pupo. Pasaron el informe al jefe del batallón, que venía más abajo. Este ordenó continuar la marcha, ya estaba seguro de que entraría en Santo Domingo sin disparar un solo tiro.

En el camino, la vanguardia enemiga obligó a un haitiano, residente en El Cacao, a que continuara delante como práctico. El hombre, asustado, señaló con el dedo la bifurcación del camino: a la derecha hacia El Brazón, a la izquierda a La Manteca y Santo Domingo. El jefe de la compañía, capitán Orlando Enrizo, le ordenó que siguiera adelante en la segunda dirección.